

## LAS TRES FRAGUAS.

A mí siempre me han gustado mucho las actividades de tipo manual. Desde pequeño he sentido una especial atracción por todas esas profesiones en donde es necesaria la meticulosidad y la paciencia que requieren las actividades manuales. Por eso cuando yo era un chaval, es decir allá por los años en que yo tenía unos 8, 9 ó 10 años , sentía ya ese interés de acercarme a la fragua en donde me entretenía mucho ver como los herreros iban desarrollando sus habilidades. Me acuerdo perfectamente, por ejemplo, como Elías hacía los agujeros a las herraduras, tres a cada lado de la misma, éstas calentadas al rojo, con un artilugio que era como un martillo pero que por una parte tenía un saliente en forma de prisma cuadrangular, terminado en punta y por la otra recibía los martillazos precisos para hundir esa punta en la herradura al rojo. Quedaba así en la herradura un agujero en forma de prisma en donde se alojaba perfectamente el clavo que luego sujetaría las herraduras al callo del animal. Era un proceso muy entretenido.

Elías en un correo que escribía en internet me recordaba que más tarde además le pedía algún cigarrillo, y eso también lo recuerdo muy bien. Esta afición que para mí era algo divertido, supongo que para ellos suponía el sustento de sus familias, no era precisamente una afición.

En Campillo en aquella época había tres fraguas, y supongo que todas tenían carga de trabajo suficiente, como ahora se dice.

De las tres fraguas, la que recuerdo menos era la que estaba situada al lado de lo que se llamaba entonces el cobertizo (no sé si ahora sigue llamándose así) , que era el lugar en donde “acampaban” los gitanos y los estañadores. He visto que ahora está totalmente reconstruido. El cobertizo se distingue muy bien en la foto panorámica que en internet hay de nuestro pueblo. Esta fragua por lo tanto estaba al lado de la fuente de abajo y cerca de la charca en donde las mujeres aclaraban la ropa. Al herrero o los dos herreros de esa fragua lo recuerdo borrosamente. Creo que no era nativos de Campillo si no afincados en el pueblo por razones que no conozco. Quizá había un señor más joven y otro mayor, pero no lo recuerdo con precisión. Mi recuerdo del más joven es como una persona bastante bien parecida, con cierta elegancia, y me acuerdo de él siempre con la lima en la mano, limando cosas en el banco. Pero no recuerdo su nombre, ni donde vivía, seguramente en la cuesta por donde entonces se salía hacia la Yunta, pero no lo sé como exactitud. Tengo la impresión de que tenía hijos de una edad similar a la nuestra, pero nada más.

Otra de las fraguas estaba en la Umbría, casi enfrente de la fuente nueva. Allí trabajaba la familia Lidón. Creo que provenían de Bello, pueblo cercano a Campillo pero ya de la provincia de Teruel. Del padre me acuerdo poco, pero si se que eran bastantes hermanos, que trabajaron al principio en esa fragua hasta que fueron poco a poco trasladándose sobre todo a Zaragoza. El mayor de los hijos se que se llamaba Ignacio, estando yo todavía en Campillo , se marchó a trabajar fuera y tengo en mi memoria la imagen de verlo volver por Campillo con su camión, no de su propiedad pero si como asalariado, justamente esa imagen lo sitúa bajando desde el puente al lavadero( ahora reconvertido en bar ) , entre el frontón y el arroyo (donde se tiraba a la barra) , dando un frenazo en seco que a mí me impresionó. Cosas y sensaciones de niño. De esa fragua tampoco tengo muchos recuerdos, pero hay una anécdota que si se me quedó grabada en mi mente de chaval porque fue noticia en todo el pueblo, escaso como siempre de cosas noticiables. El suceso se comentó con mucho asombro. Parece ser que una mañana cuando fueron a abrir la fragua, al encender el fuego de la fragua ( no creo que fuese la luz eléctrica pues durante el día no había ) se produjo una explosión de

acetileno que como es natural salía de la soldadora autógena que tenían para soldar. Los comentarios que yo recuerdo y captados por la mente de un niño, era que a uno de los hermanos se le habían quemado tanto la cara como las manos. Yo nunca vi los efectos, pero sí recuerdo los hechos comentados por los vecinos. Tampoco tengo muchos recuerdos de su actividad dentro de la instalación. También me acuerdo donde vivía la familia pues creo que tenía hijos de mi edad más o menos y en el pueblo éramos todos amigos. Pues vivían en la misma casa en donde yo nací, justo enfrente de donde vivía el tío Martín, en aquel callejoncillo que hay yendo hacia la tercera fragua, por la calle mayor, la de los hermanos Elías y Eusebio.

La tercera fragua era propiedad de Elías y de su hermano Eusebio. Según noticias que me han llegado, seguramente me lo contó mi padre, el civil de la veleta de la torre de la Iglesia fue hecho por el padre de ambos: José María. No sé si será cierto o no. La fragua de Elías y Eusebio era un centro de reunión por las tardes, mejor por las noches antes de cenar, pues a diario iban allí todos los mozos del pueblo para afilar y empalmar los barrones (palabra que no trae el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española) que llevaban los arados romanos, que labraban las tierras. Si viene en el diccionario la palabra “orejera” con el significado: “cada una de las dos piezas o palos que el arado común lleva introducidos oblicuamente a uno y otro lado del dental y que sirven para ensanchar el surco”. Esas orejeras las hacían los mismos mozos con sus correspondientes azuelas. Pero los barrones debían ser empalmados en la fragua de Elías. Eran tiempos de escasez y recuerdo con claridad cómo se empalmaban los trozos que iban quedando de los barrones, que gastados en la labranza se aprovechaban uniéndolos. Los barrones iniciales y nuevos tendrían una longitud de algo más de un metro, pero el desgaste los dejaba reducidos a unos veinte o veinticinco centímetros. No se tiraban, Elías y su hermano Eusebio los unían, los soldaban. Calentaban esos trozos ya gastados en el fuego de carbón, hasta ponerlos al rojo por los extremos que iban a soldar y hacían en ambos extremos a golpe de martillo una especie de biseles, que serían las superficies de soldadura y al rojo vivo, mejor casi al rojo blanco, ponían en esa superficie una lámina, o capa de fundente, por lo general resina o bórax. Esto lo he aprendido después, pues entonces aquella soldadura tenía para mí propiedades mágicas. Esta limpieza química ayuda a que las piezas se unan con más fuerza, ya que elimina el óxido de los metales. A continuación se calientan de nuevo las superficies ya pegadas en el fuego, se sacaban del fuego y a golpe de martillo, se les daba la forma de prisma cuadrangular que tenía el barrón primitivo. Así se unían todos los trozos que habían quedado y se formaba un nuevo barrón, tan largo como los primeros. No había más remedio que reutilizar los trozos que quedaban, la escasez lo hacía necesario.

La concurrencia a las horas tardías de la tarde en la fragua de Elías era muy grande y yo presenciaba estas faenas con mucho interés, viendo la maestría con que, unas veces Elías otras Eusebio, dirigían la operación de soldado y afilado de los trozos de los barrones ya gastados. El repiqueteo alternativo del martillo pequeño de Elías y el mazo o mallo que usaban los propietarios (colaborando en la operación) de los barrones era muy rítmico y además de dar en el barrón los golpes certeros, Elías alternaba esos golpes en el barrón con golpes (falsos golpes) que daba a la derecha del yunque. Los últimos retoques siempre correspondía al director Elías y el barrón quedaba listo para meterlo a enfriar en el depósito de agua que siempre estaba dispuesta cerca del fogón, y que seguramente daba una mayor dureza al metal.

Otra de las actividades frecuentes era el herrado de las caballerías. Había muchas, bueno todo el mundo tenía dos o tres. No había tractores y las labores del campo se hacían con caballerías y con el arado romano. Los tractores llegaron ya por los años cincuenta y tantos del siglo XX. Herrar una caballería era una tarea a veces arriesgada,

porque había caballerías mansas, pero otras eran verdaderamente ariscas y daban coces a troche y moche. Había que andar con cuidado. Les ponían en estos casos una mordaza, bocado o freno, consistente en dos palos redondos atados por un extremo y se les colocaba en el labio superior y allí se ataba con fuerza el otro extremo, apretando el labio del animal con fuerza. Me imagino que les dolería de lo lindo. Creo que era un instrumento de tortura y disuasión pues así con ese dolor suplementario no les daba tiempo a fijarse en la faena del herrado. De todas formas las coces que soltaban los animales, sobre todo cuando herraban las patas, había que tomarlas con mucho cuidado. Elías o Eusebio estaban siempre prevenidos y daban marcha atrás con rapidez, porque además de saberse conocedores del riesgo, también conocían a cada uno de los animales que acudían a calzarse las herraduras. Una vez colocada y clavada la herradura, remachando los clavos adecuadamente, se procedía a la faena final del limado de lo que de ella sobresalía con una lima adecuada, con lo que la herradura quedaba perfectamente adaptada al callo del mulo. Siempre me causaron mucha curiosidad los clavos, de cabeza voluminosa y forma de tronco de pirámide, con que clavaban las herraduras en los cascos preparados de las caballerías. Ya lo he comentado al principio. Ellos mismos fabricaban las herraduras, con sus agujeros correspondientes, que hacían todavía con el hierro al rojo, y que luego en el momento preciso del herraje adaptaban al callo del animal. La preparación del callo, primero con una tenaza y después con una especie de gubia con hoja de gran anchura, para que asentara bien la herradura era el paso previo y muy importante, algunas veces la gubia con que cortaban el callo del animal tocaba zonas sensibles y los respingos de la caballería eran para ponerse a salvo. Más de una vez, para mí es un vívido recuerdo, se encontraban en los caminos trozos de aquellas herraduras ya gastadas y que se habían desprendido con el uso, de las manos y patas de las caballerías. Hoy en día a los niños de los colegios se les lleva a caballerizas de la policía o guardia civil (yo he estado con mis alumnos en la policía de la Casa de Campo de Madrid), para presenciar esta tarea del herraje de las caballerías, como algo curioso, cuando nosotros lo veíamos a diario sin necesidad de actividades extraescolares.

Todo era manual, me encantaba como Elías manejaba la lima e iba dando forma a las piezas que necesitaba para arreglar todos los aperos de labranza estropeados e incluso piezas de las máquinas segadoras, que ya funcionaban en aquellos tiempos, como algo moderno y de última generación.

La máquina más moderna que yo recuerdo, comprada para la fragua, fue una máquina taladradora, para hacer agujeros en el hierro, una vertical que tenía una palanca que apretaba la barrena y ya no había que hacer el agujero sujetando la máquina con las manos y apretando con el cuerpo aquel mecanismo. La aceitera con que Eusebio engrasaba la zona donde se hacía el agujero para que no se calentase demasiado era también una obra de arte.

A mí que me gustaba mucho hacer “carricoches” (el diccionario lo traduce como coche viejo y de mala figura), me era de gran utilidad esa máquina. El carricoche constaba de un cajón vulgar y corriente, generalmente de los que se desechaban de la fruta, que llevaba clavados por detrás (tarea que hacía yo con sumo cuidado) con muy poca solidez dos palos de escoba, que hacían el papel de ejes y en esos ejes se colocaban unas ruedas. Esas ruedas, Eusebio me las cortaba, de los troncos bien redondos de los robles que yo seleccionaba de la leña que todos los años nos correspondía en suerte como combustible para el fuego familiar. A esas rodajas bien redondas se les hacía un agujero en el centro de un diámetro parecido al palo de una escoba, con una lezna inmensa. Después cuando trajo aquella máquina hacía con ella esos agujeros. Eran unas ruedas magníficas que duraban poco, pues se rompían con facilidad. No sólo se rompían

las ruedas sino que el eje en el que se acoplaban se rompía aún más fácilmente. Pero eran diversiones muy fructíferas pues agudizabas el ingenio de una forma especial. Yo le agradecía a Eusebio, en este caso era él, la amabilidad que tenía de fomentar en mí esa grandísima ilusión. Siempre lo recordare adivinando mis intenciones, cuando me veía con el leño en brazos, para hacer las ruedas. El ruido de semejante carricoche al rodar esas ruedas era quejumbroso de verdad, pero a mí me sonaba a gloria. Tener “coche propio” era una verdadera ilusión, y de un entretenimiento especial.

Esos eran nuestros juegos, invenciones propias, en donde la imaginación, loca imaginación, se ponía en marcha hasta que dábamos con la creación adecuada. Aquel aparato, digno de risa ahora cuando lo recuerdo, era para nosotros, los chavales, un verdadero juguete, lleno de magia y surtía en nuestra mente de niños el efecto del mejor juguete del mundo. Creíamos que aquello nunca podría romperse, y en realidad eso sólo era algo que estaba en nuestra imaginación y en nuestro deseo. Un campillano de nacimiento y de corazón. Jesús Delgado.